

Costumbres funerarias y sociedad del Clásico tardío en la cuenca de Zacapu, Michoacán

Al inicio del siglo XIII, cuando los antepasados del Cazonci se establecieron en la cuenca de Zacapu, llegaron a un territorio ocupado desde hacía mucho por pueblos sedentarios. Los datos proporcionados por las fuentes etnohistóricas muestran que, en esa época, los grupos de pescadores y agricultores que vivían en las cuencas lacustres de Michoacán tenían una compleja organización social. Si bien la *Relación de Michoacán* relata la llegada al poder de un grupo supuestamente chichimeca, también nos enseña que el intrincado proceso de formación del estado tarasco resultó de la integración de los recién llegados con las poblaciones autóctonas. Sin embargo, hasta hace poco no se sabía mucho de la historia de esos pueblos que vivían en las cuencas lacustres de Michoacán antes del Postclásico. Las investigaciones realizadas por el CEMCA en la región de Zacapu desde hace más de diez años revelaron una parte de esa historia antigua. El propósito del presente artículo es dar a conocer parte de esos trabajos. Aquí, intentaremos sacar provecho de los datos proporcionados por el contexto funerario para conocer mejor las sociedades que se desarrollaron en la cuenca de Zacapu entre 500 y 900 de nuestra era. Enfocaremos, en particular, los complejos funerarios excavados en el sitio de Guadalupe.

Guadalupe pertenece a un conjunto de sitios ubicados al noreste de la ciudad de Zacapu (fig. 1). Estos asentamientos se distribuyen sobre una serie de ligeras ondulaciones del terreno, conocidas localmente como *lomas*. Las investigaciones arqueológicas e históricas realizadas en esta zona a partir de 1983 (Arnauld *et al.*, 1993) mostraron que el contexto ambiental de esos sitios había sufrido cambios drásticos al inicio del presente siglo. En aquella época, el fondo de la cuenca, aún inundado por una gran ciénega, fue desecado de manera artificial por los hermanos Noriega, dueños de la hacienda de Cantabria. Desde entonces, las lomas, como toda la ciénega, constituyen una gran llanura agrícola. Sin embargo, en la época prehispánica las lomas formaban una avanzada de tierra firme en el gran pantano de Zacapu.

* Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA).



● Fig. 1 Ubicación de los sitios mencionados

La loma de Guadalupe se encuentra en el límite sur de esta zona. El sitio fue descubierto en 1994 durante el recorrido sistemático efectuado en el marco del proyecto Michoacán (*idem*). Desde entonces, la presencia de importantes concentraciones de materiales arqueológicos en la superficie llamó la atención de los arqueólogos. A pesar de que los sitios de las lomas se caracterizan por la ausencia de estructuras visibles en superficie, dos elementos interesantes destacaban en Guadalupe. Primero, la presencia de bloques y lascas de basalto levantados por el arado indicaban que podían existir estructuras conservadas en el subsuelo. En efecto, el sustrato natural de la ciénaga carece de este tipo de material, que fue extraído por el hombre a partir de los macizos volcánicos que rodean la cuenca. Segundo, además del abundante material cerámico visible en la superficie, el dueño de la parcela había encontrado ahí una máscara de piedra de estilo teotihuacanoide (*ibid.*, p. 121).

Dos primeras temporadas de excavaciones fueron realizadas en 1985 y 1986 (*idem*). Varios sondeos mostraron que el sitio presentaba depósitos antrópicos bien conservados, en particular en la cumbre de la loma. En esta zona se realizaron excavaciones extensivas que permitieron el descubrimiento de un importante conjunto funerario

(dos tumbas colectivas). La complejidad de esas estructuras funerarias y el buen estado de conservación de los vestigios plantearon la necesidad de volver a excavar en el sitio para tratar de entender mejor los ritos mortuorios del Clásico. Dos nuevas temporadas fueron realizadas en 1993 (Pereira, 1996a), las cuales permitieron ampliar las excavaciones alrededor de las tumbas colectivas y explorar otros conjuntos funerarios ubicados en diversas partes de la loma (fig. 2).

Los trabajos realizados en la loma de Guadalupe permitieron conseguir importante información tanto acerca de las costumbres funerarias como

de las propiedades bioantropológicas de las poblaciones del Clásico tardío.¹ En este artículo nos limitaremos a presentar las características socioculturales resultantes de esta investigación.

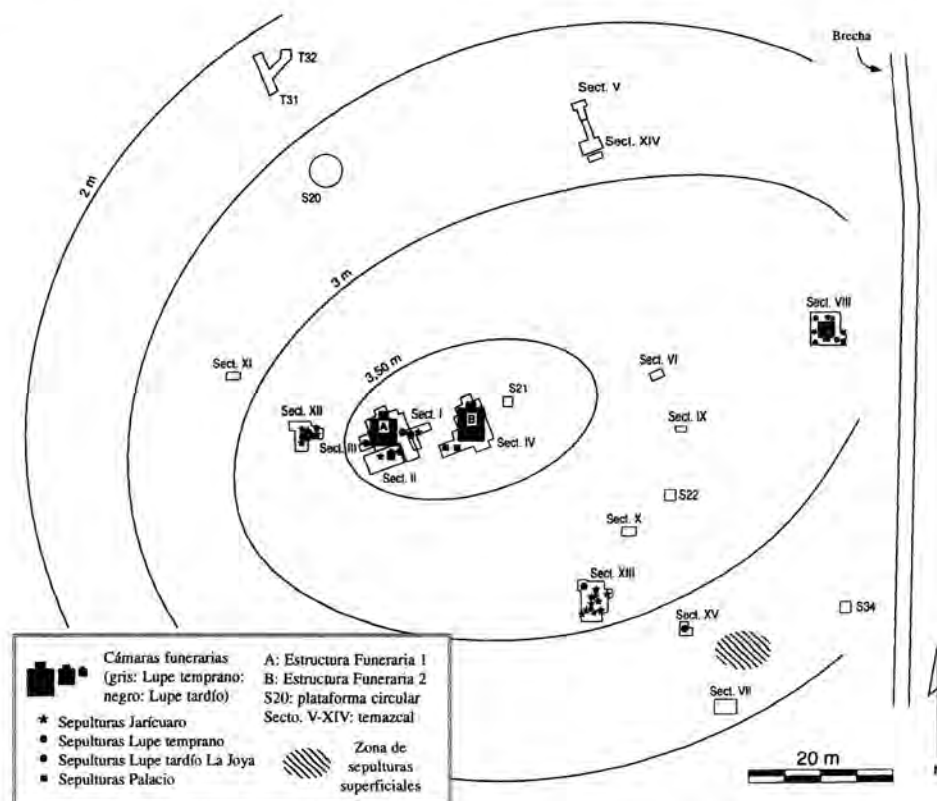
Cronología y secuencia de ocupación

Las excavaciones realizadas en Guadalupe indican que el sitio fue ocupado de manera continua durante la segunda mitad del Clásico. Varias etapas ocupacionales fueron definidas con base en las evidencias estratigráficas (Pereira, 1996a, pp. 38-58). Esas etapas pudieron ser fechadas con el material cerámico asociado, respecto a la secuencia cronológica establecida por Michèlet (1993; Michèlet *et al.*, 1989). Las numerosas vasijas encontradas en las ofrendas funerarias (95 piezas completas) permitieron confirmar la secuencia.

Secuencia de ocupación

Las primeras huellas de presencia humana en la loma corresponden a la fase Loma Alta 3 (350-500 d.C.). Los vestigios arqueológicos atribuibles a ese periodo son escasos (una fosa y algunos tepalcates dispersos) e indican una presencia huma-

¹En Guadalupe se han excavado 40 sepulturas y se tienen los restos de alrededor de 100 individuos.



● Fig. 2 Plano general de la Loma de Guadalupe (Mich. 215)

na muy reducida, de carácter probablemente no funerario. En aquella época la morfología general de la loma no estaba modificada y conformaba entonces un pequeño islote separado de las otras lomas por un brazo del pantano.

La ocupación funeraria del sitio empieza con la fase Jarácuaro (500-600). Tal vez para proteger estas primeras zonas funerarias de las inundaciones temporales de la ciénega, el piso natural de la loma fue realzado con un relleno de tierra. Esos rellenos, reforzados por muros de contención periféricos, se irán repitiendo con regularidad hasta el final del Clásico. En la fase Lupe (600-850), la superficie de la loma es ampliada al rellenar la depresión natural que separaba la isla de las lomas ubicadas al este. Nuevos conjuntos funerarios son establecidos en esa zona. Al final de este periodo (Lupe tardío-La Joya: 750-900), el sitio alcanza una superficie de 2 a 3 ha. A pesar de la fuerte erosión sufrida por el sitio desde que se introdujo el arado mecánico en la zona, se piensa que la acumulación de rellenos artificiales pudo alcanzar 1.5 a 2 metros.²

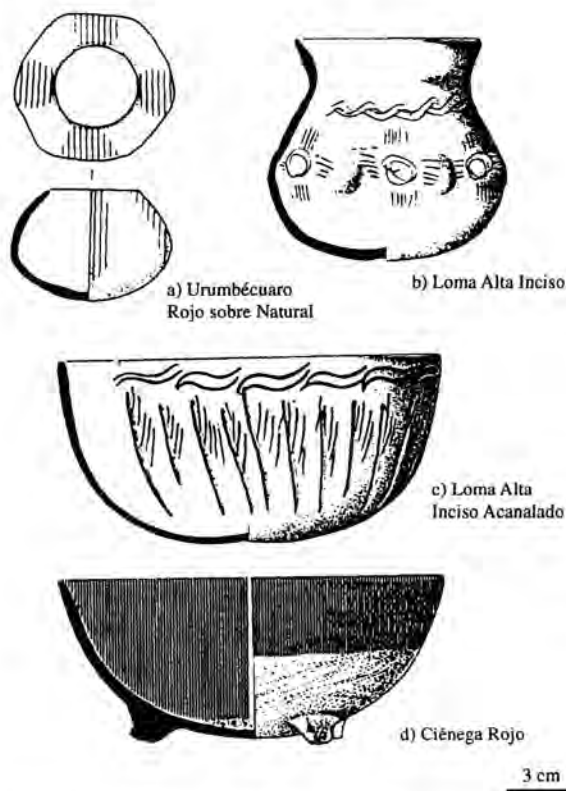
Al inicio del Postclásico, las lomas sufrieron un abandono general (Arnauld *et al.*, 1993). En Guadalupe las actividades de relleno se interrumpen, pero el sitio aún fue ocupado de manera esporádica durante el inicio de la fase Palacio (alrededor del 900). Dos sepulturas y un depósito intrusivo proporcionaron materiales correspondientes a esta temporalidad.

Evolución de la cerámica³

Respecto a la cerámica encontrada en las ofrendas, se pueden distinguir cuatro conjuntos. A comparación con los trabajos anteriores, las excavaciones de 1996 permitieron mostrar que la ocupación del sitio no se limita a las fases Jarácuaro y Lupe temprano sino que se extiende hasta el inicio del Postclásico.

²Actualmente el grosor de las capas antrópicas tiene 1.30 m en la parte más elevada de la loma. Sin embargo, en algunas zonas se que la erosión pudo alterar casi 1 m de sedimentos.

³Los tipos cerámicos que citaremos aquí fueron definidos por Michélet (1993). El lector encontrará una definición precisa de esos tipos en aquel trabajo.



● Fig. 3 Cerámica de la fase Jarácuaro

• Para la fase Jarácuaro (fig. 3), tenemos 28 vasijas. Según Michèlet (1993), esa fase corresponde a un breve periodo que marca una transición entre los complejos cerámicos Loma Alta y Lupe. La fase Jarácuaro fue fechada de modo tentativo entre 550 y 600 d.C. (Michèlet, 1990, p. 284). Sin embargo, teniendo en cuenta la importancia de esa ocupación en Guadalupe y la escasez de fechas de carbono 14 disponibles hasta el momento (dos fechas), es razonable pensar que este periodo fue más largo.⁴

El material Jarácuaro se caracteriza por la coexistencia de caracteres heredados de la tradición Loma Alta, junto con elementos que anuncian el complejo Lupe. La aparición de los tipos Lupe Café Pulido y Ciénega Rojo, así como el predominio de la cerámica monocroma café o roja evocan las tendencias que caracterizan el complejo Lupe. Sin embargo, los elementos relacionados con la tradición Loma Alta están

presentes todavía. Aunque ya desapareció la cerámica policromada típica de esta fase (Carot, 1993), es notable que aún hay monocromos finos del grupo *Loma Alta* (Loma Alta Pulido, Inciso, Rayado o Acanalado; fig. 3b, c) así como algunas piezas del tipo Urumbécuaro Rojo sobre Natural (fig. 3a). Las formas y las decoraciones muestran también una clara filiación con la fase Loma Alta. Los cuencos hemisféricos de base convexa son comunes; sus paredes son delgadas y a veces tienen bordes convergentes (tecomates). Algunas piezas presentan un contorno poligonal (fig. 3a) que encontramos en el complejo Loma Alta. Los diseños incisos también son heredados de ese complejo: frisos de doble ola, rayas y acanaladuras oblicuas en el cuerpo, motivos en forma de sol o de cruz de San Andrés.

Las ollas presentan un perfil sencillo: panza globular, cuello y borde curvo-divergente, labios adelgazados. También se encuentran molcajetes con punzonado en el fondo y pequeños soportes cónicos sólidos (fig. 3d).

• La fase Lupe temprano (fig. 4) está fechada entre 600 y 750 (Michèlet, 1990, p. 284). A partir de este periodo los grupos cerámicos Lupe Café y Ciénega Rojo se tornan dominantes. Tenemos 38 vasijas completas en total de este periodo.

En comparación con la fase anterior, ahora el grupo Lupe se hace dominante y reemplaza al grupo Loma Alta. El grupo Lupe corresponde a una evolución de los monocromos Loma Alta. Se distinguen de ellos por un acabado de superficie de menor calidad y por coloraciones más variadas que oscilan entre el beige y el café gris verdusco. Las formas marcan también una evolución sensible: los cuencos hemisféricos presentan formas cada vez más abiertas y aparecen las escudillas de fondo plano y de paredes recto-divergentes; también hay algunas escudillas trípodes de soportes en forma de lengüeta (Arnauld *et al.*, 1993, fig. 53). Las técnicas de decoración son parecidas a las del grupo Loma Alta (incisiones, rayas, acanaladuras, punzonado); las innovacio-

⁴El intervalo de 500-600 es tentativo.

nes son pocas (pequeñas protuberancias obtenidas por técnica de repujado; fig. 5b). Sin embargo, el repertorio gráfico muestra una evolución. El tema característico de la fase Lupe es el friso de volutas angulares subrayado por líneas horizontales onduladas (fig. 4a). Las acanaladuras son agrupadas en pares radiales verticales delimitadas arriba por una acanaladura horizontal (fig. 4b).

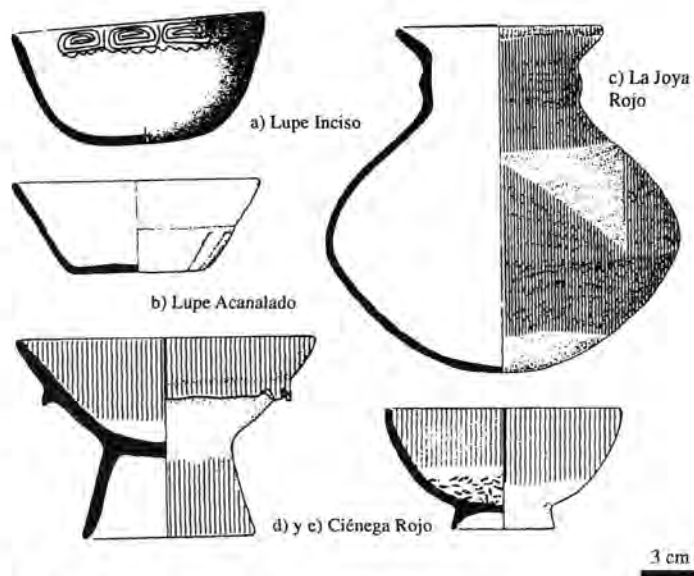
El tipo Ciénega Rojo es otro tipo diagnóstico del complejo Lupe, en particular las copas de pedestal (fig. 4d), decoradas con molduras externas en el cuerpo y diseños calados en la pared del pedestal. Hay también cuencos de base anular (fig. 4e) marcados a veces por cortas incisiones en el fondo (molcajetes).

Notamos asimismo la presencia de una olla de tipo La Joya Rojo con decoración seudonegativa en forma de triángulos invertidos (fig. 4c).

- Para la fase Lupe tardío-La Joya tenemos 22 vasijas completas. Este periodo está fechado entre 750 y 900 (Michèlet, 1990). El material cerámico de esta fase es semejante al descrito de la fase inmediata anterior. No obstante, se distingue de ella por la presencia de formas características del final del Clásico que anuncian el Postclásico temprano.

Los grupos Lupe y Ciénega siguen dominando, mientras que las formas y la decoración evolucionan:

- escudilla trípode de silueta sinuosa y soportes bulbosos huecos (fig. 5a) que anuncia una forma típica de la fase Palacio (*cf.* Michèlet *et al.*, 1989);
- olla La Joya Rojo (fig. 5c) de silueta compuesta y borde Chirimoyo (moldura externa) característico del Epiclásico (*idem.*);
- las copas de pedestal Ciénega Rojo decoradas con diseño al negativo (líneas horizontales onduladas, grecas; fig. 5d, e) son características de esta fase del Clásico tardío (tipo Ciénega Rojo Negativo), y anuncian también los motivos al negativo del tipo Chilar de la fase Palacio.

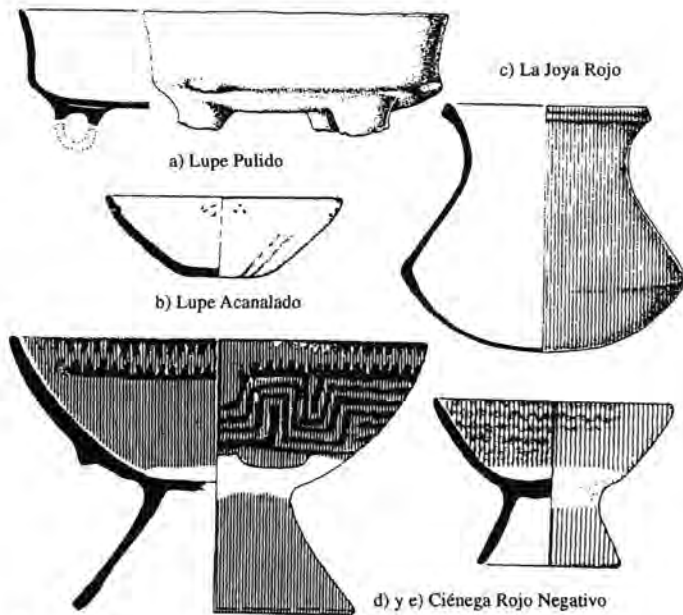


● Fig. 4 Cerámica de la fase Lupe temprano

- La fase Palacio (fig. 6) está poco representada en Guadalupe. Sólo siete vasijas procedentes de tres depósitos intrusivos son atribuibles a este periodo. Los tipos cerámicos encontrados son característicos del inicio del Postclásico en nuestra zona (Michèlet *et al.*, 1989): tenemos tres escudillas de tipo Chilar Negro Negativo variedad Crucita (fig. 6a, b), un cuenco y una escudilla trípode con soportes bulbosos de tipo Palacio Café Pulido (fig. 6c), así como una vasija anaranjada de producción exógena (fig. 6d). Este conjunto, que presenta todavía marcadas semejanzas con la cerámica del Epiclásico, con seguridad pertenece al inicio de la fase Palacio (alrededor del 900).⁵

Para concluir esta rápida presentación de la cerámica de Guadalupe, queremos hacer hincapié en que el material estudiado evidencia una importante continuidad cultural. Desde la fase Jarácuaro, donde se observan nexos con la fase Loma Alta, hasta el inicio del Postclásico, don-

⁵Es necesario mencionar que no aparece todavía en la muestra el grupo cerámico más común de la fase Palacio: el grupo Hornos (Michèlet *et al.*, 1989).



● Fig. 5 Cerámica de la fase Lupe temprano-La Joya

de se constituye el complejo Palacio, observamos una evolución paulatina de los tipos cerámicos, lo cual concuerda con las conclusiones de Michèlet *et al.* (1989) en cuanto a la secuencia regional.

Estructuración general de los conjuntos funerarios

A escala del sitio comprobamos que la distribución de las sepulturas no es ni homogénea ni aleatoria. Las sepulturas forman grupos muy densos, separados unos de otros por zonas con menor densidad y hasta vacías. De hecho, si miramos con atención, observamos que los vestigios funerarios muestran una gran estabilidad y una importante continuidad, tanto en la manera de disponer las sepulturas como en la composición de los depósitos.

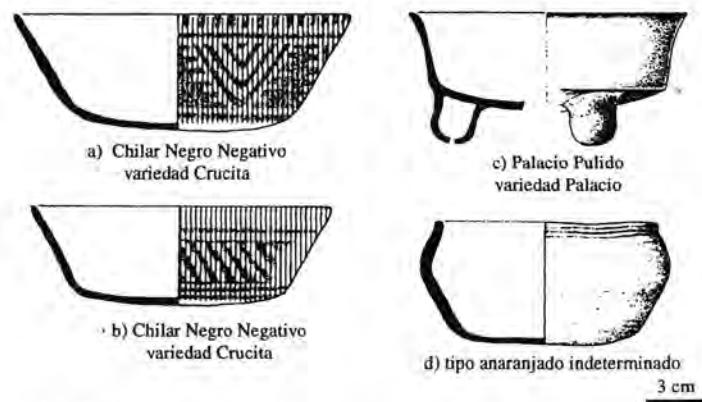
La conformación de los conjuntos funerarios ilustra bien esta idea. Vemos, en efecto, una voluntad de reocupación sucesiva de los lugares de inhumación. A partir de un núcleo de varias sepulturas establecidas en la

fase Jarácuaro, o Lupe temprano, los conjuntos van ampliándose con el tiempo, agregando nuevos entierros, y llegan a formar grupos de relativa densidad. Los difuntos son depositados al lado o encima de sepulturas más antiguas, pero, pese a la densidad de las sepulturas, las sobreposiciones son pocas (lo cual implica un previo conocimiento de los entierros ya existentes). Que los lugares de inhumación continúen siendo utilizados y que las características de los vestigios sigan siendo las mismas es indicio de que los muertos pertenecían a un grupo culturalmente homogéneo.

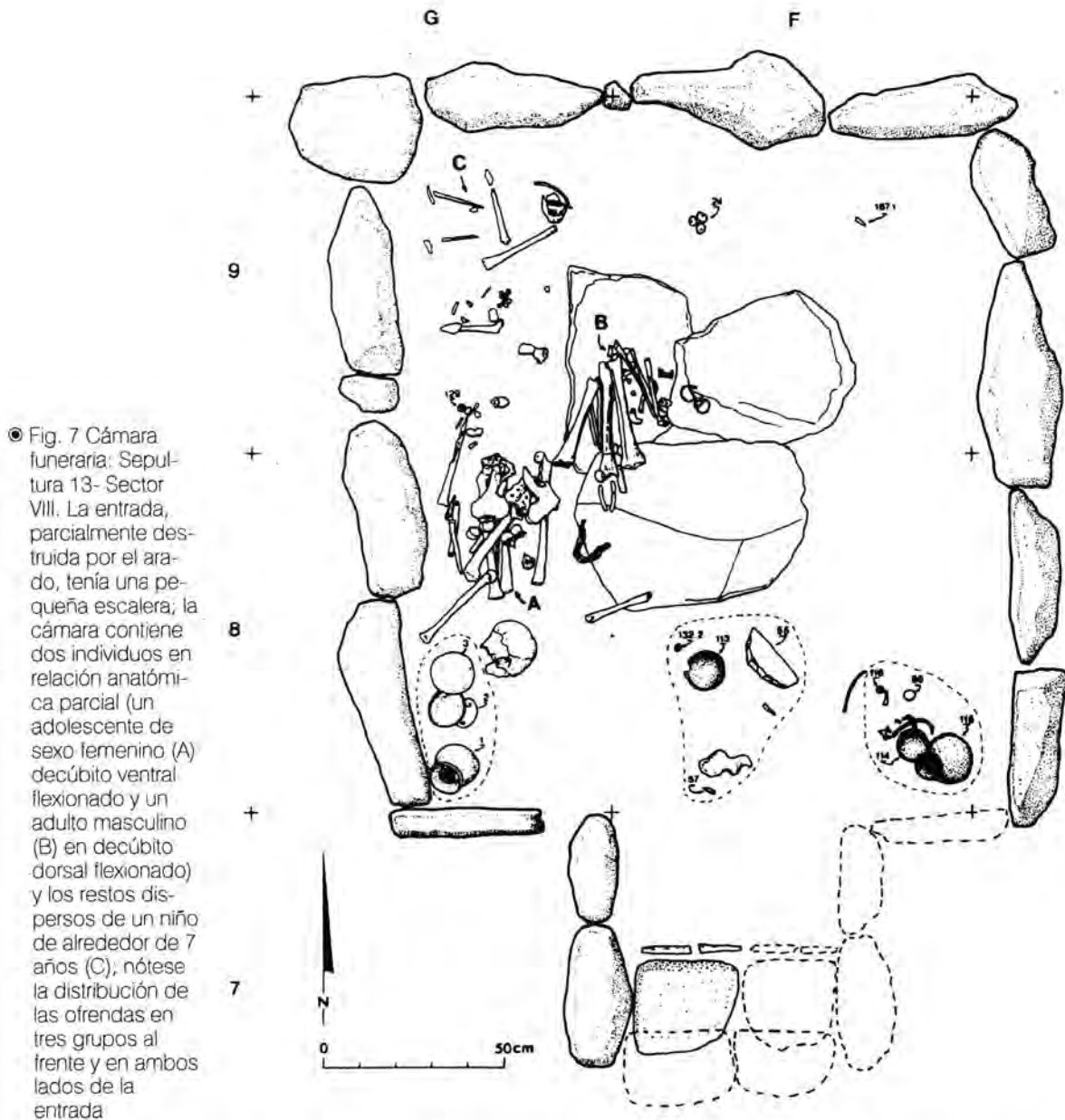
Lo mismo nos demuestran los objetos asociados. Como hemos dicho, el estudio de la cerámica indica que la evolución de tipos y formas fue progresiva. La lítica muestra, por otro lado, cierta estabilidad durante la ocupación.

Las deformaciones cefálicas constituyen un buen argumento en favor de una idea de continuidad cultural, pues nos revelan una gran homogeneidad en las épocas Jarácuaro, Lupe y quizá hasta la fase Palacio (Pereira, 1996a).

También comprobamos una continuidad en la arquitectura de las tumbas, tanto en sus técnicas de construcción como en el tipo de estructura.



● Fig. 6 Cerámica de la fase Palacio



● Fig. 7 Cámara funeraria: Sepultura 13- Sector VIII. La entrada, parcialmente destruida por el arado, tenía una pequeña escalera; la cámara contiene dos individuos en relación anatómica parcial (un adolescente de sexo femenino (A) decúbito ventral flexionado y un adulto masculino (B) en decúbito dorsal flexionado) y los restos dispersos de un niño de alrededor de 7 años (C); nótese la distribución de las ofrendas en tres grupos al frente y en ambos lados de la entrada

Podemos pensar que las diferencias formales observadas no sean el reflejo de variaciones cronológicas, sino que ilustran la variabilidad inherente a las prácticas funerarias.

Si bien el sitio parece haber sido utilizado preferentemente como lugar de entierros, tenemos datos que nos refieren también otros tipos de actividades rituales; por ejemplo, en las excavaciones de la parte norte de la loma aparecieron algunas estructuras no sepulcrales; asimismo, en el sector noroeste se despejó una plataforma

de forma circular de 5.6 m de diámetro; en el noreste fueron descubiertos los vestigios de un temazcal; recientemente, una prospección geofísica realizada por el equipo de Luis Barba (UNAM) ha permitido localizar otras estructuras de importantes dimensiones que indican que el sitio estaba dividido en dos sectores funcionalmente distintos: la parte sur y central de la loma estaba reservada para inhumaciones, mientras que en el sector norte se observan diferentes estructuras ceremoniales, no sepulcrales. Es probable que esas estructuras desempeñaran un

papel particular en el desarrollo del ritual funerario, pero los datos de que disponemos acerca de su función son aún insuficientes.

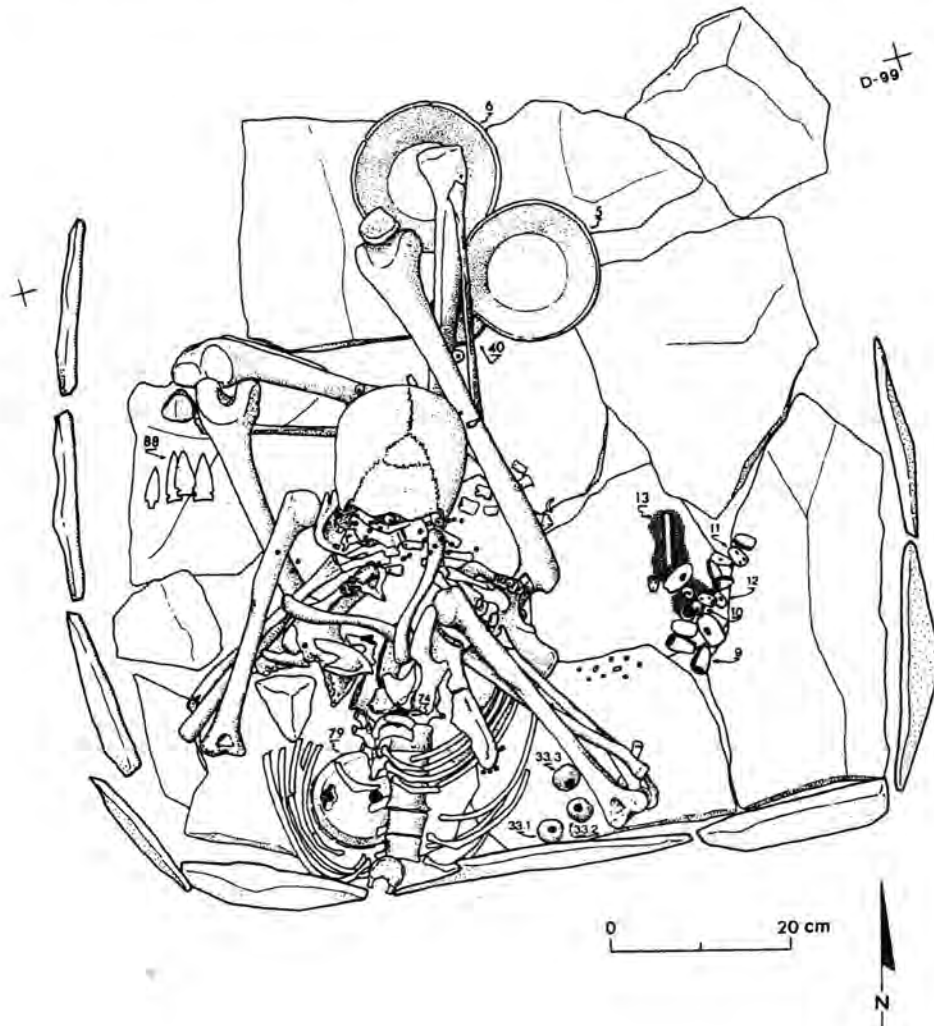
Arquitectura y uso del espacio sepulcral

Los resultados obtenidos en las temporadas de campo de 1993 permitieron enriquecer sustancialmente la imagen de los rituales funerarios del Clásico medio-reciente que se tenía hasta ese entonces. A las grandes estructuras funerarias de la cima de la loma, hoy podemos asociar un conjunto de sepulturas más o menos complejas; esta diversidad plantea el problema del papel que desempeñaban y del funcionamiento de las estructuras sepulcrales.

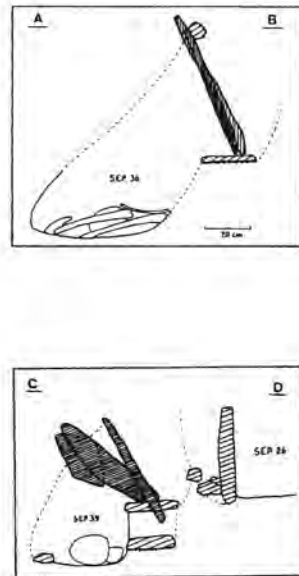
Desde las particularidades observadas a nivel de los dispositivos arquitectónicos, nos ha sido posible distinguir diversos conjuntos dentro de nuestro *corpus*. Hemos definido las siguientes categorías:

- Cámaras funerarias (fig. 7)
- Cajas (fig. 8)
- Sepulturas en nicho (fig. 9, 10, 11)
- Sepulturas en fosa sencilla (fig. 12)
- Urnas (fig. 13)

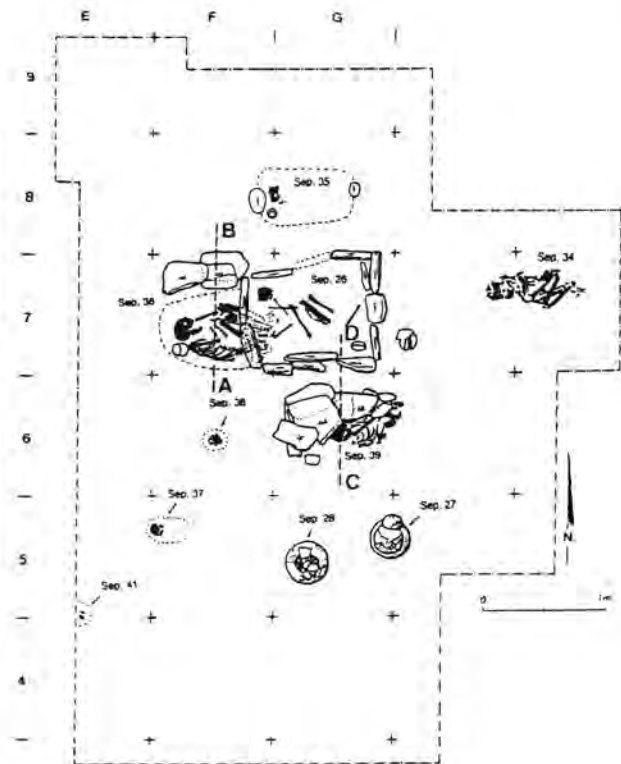
Las categorías fueron utilizadas de modo concomitante. Los datos tafonómicos y arqueológicos señalan que la mayoría de estos elementos servían para acondicionar un espacio vacío en el que iban a ser depositados los restos de uno o



● Fig. 8 Sepultura en caja: Sepultura 11-Sector IV



● Fig. 9 Perfil de dos sepulturas en nicho del Sector XIII-Sepulturas 36 y 39



de varios individuos. Podemos cuestionarnos acerca del significado de las diferencias observadas.

Cámaras funerarias

Desde el punto de vista del modo de funcionamiento, las cámaras funerarias ocupan un lugar particular, pues su arquitectura es la más elaborada. Se trata de estructuras de forma cuadrangular construidas con bloques de piedras, y a las que se accedía por una entrada lateral (fig. 7). El espacio sepulcral estaba cubierto por un techo, a menudo desmontado cuando la tumba dejaba de ser utilizada. Tal vez este techo estaría formado por grandes losas de andesita (fig. 14), sin duda reforzadas, en las grandes cámaras sepulcrales, por travesaños de madera. Cuando las cámaras eran utilizadas, es probable que la entrada se cerrara con losas móviles.

Hay cuatro tumbas de este tipo. Tres fueron encontradas en la cumbre de la loma (Estructuras Funerarias 1 y 2, Sepultura 9) y correspon-

den a la fase Lupe temprano; la última se localiza en el Sector VIII y está fechada en la fase Lupe tardío-La Joya (Sepultura 13; fig. 7). Las Estructuras Funerarias 1 y 2 son las más grandes: 3.5 x 3 m para la primera y 4.5 x 3 m para la segunda. El contenido de la primera estaba intacto, mientras que el de la segunda fue muy alterado por perturbaciones poscortesianas.⁶ La Sepultura 9 se encuentra al sur de la Estructura Funeraria 1. Sus dimensiones reducidas (1.2 x 1.1 m) con seguridad se deben a que fue hecha para recibir los restos de tres niños (alrededor de 6 y 4 años y 6 meses).

Este tipo de estructuras estaba pensado para recibir los restos de varios individuos. En las Sepulturas 9 y 13 la disposición de los restos óseos indica que los individuos fueron objeto de depósito primario. En el caso de la Estructura Funeraria 1 es probable que esta forma de depósito quedara restringida a unos pocos individuos, mientras que la mayoría de los restos humanos

⁶Esas tumbas son descritas de manera detallada en Arnauld *et al.* (1993) y en Pereira (1996).



● Fig. 10 Colapso de la tapa de lajas de una sepultura en nicho

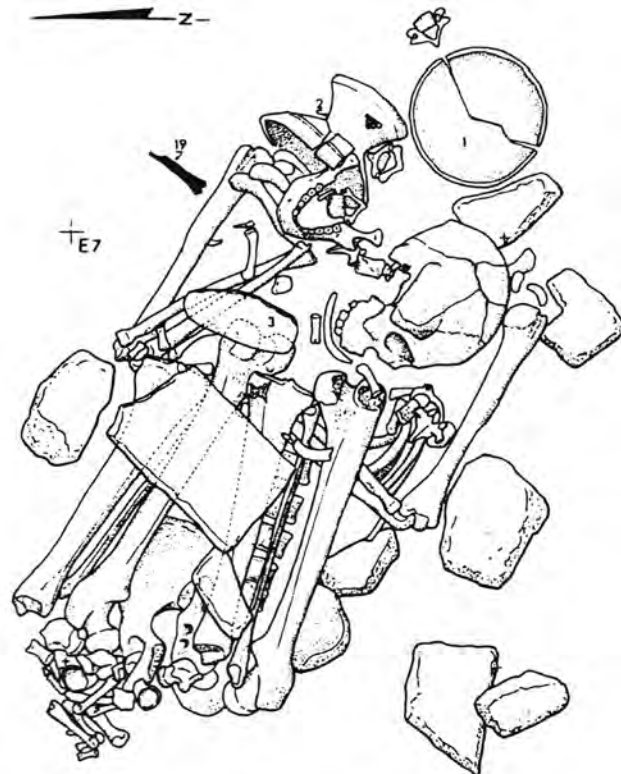
corresponderían a depósitos secundarios (Pereira, 1992).

Por otra parte, diversos indicios muestran utilización en diferentes etapas, lo que implica que la tumba fue reabierta. El tiempo de uso es difícil de calcular, y sin duda varía de una sepultura a otra. Sin embargo, si consideramos los datos estratigráficos y la cerámica asociada, parece que el tiempo de utilización fue relativamente corto, a escala de la cronología cerámica pues, en efecto, las ofrendas funerarias presentan una gran homogeneidad interna.

Las modalidades de abandono de las cámaras funerarias constituyen uno de los aspectos más originales de este tipo de sepultura. Al parecer la clausura definitiva de las sepulturas habría dado lugar a diversas manipulaciones. En cuanto al contenido de la tumba es muy probable que los vestigios funerarios hayan sido objeto de una reintervención final, es decir, de una reorganización de las ofrendas, agrupadas

frente a la entrada o a uno y otro lados de la misma (fig. 7). También los restos humanos sufrieron manipulaciones diversas. En la Estructura Funeraria 1 los huesos están dispuestos a uno y otro lados de la entrada, y una línea compuesta por fémures aparece según el eje de ésta. En las Sepulturas 9 y 13, algunos huesos fueron retirados de las osamentas.

Después de estas disposiciones finales, las sepulturas eran cerradas definitivamente. En las tumbas más grandes (Estructuras Funerarias 1 y 2, Sepultura 13), esta clausura implica desmontar el techo y después rellenar el espacio interior de la cámara. En el caso de las Estructuras Funerarias 1 y 2 las tumbas fueron cubiertas con un piso de laja.



● Fig. 11 Alteraciones ocasionadas por la caída de las lajas en los restos óseos y en las ofrendas: Sepultura 21-Sector VIII. Véase los desplazamientos sufridos por el cráneo, las vértebras cervicales y los huesos de la mano derecha, así como la vasija 2, fragmentada y volteada

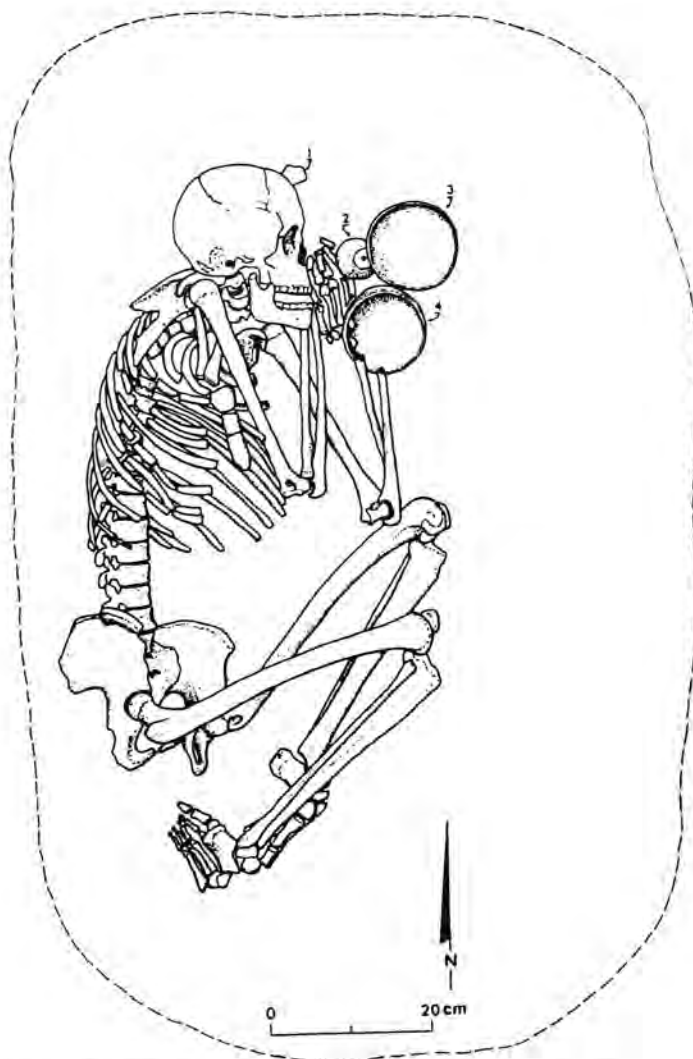
Pese a las similitudes de las cámaras funerarias, aparecen también importantes diferencias entre ellas, por ejemplo, en cuanto al tamaño de las estructuras o a la cantidad de individuos enterrados. Desde este punto de vista las Estructuras Funerarias 1 y 2 ocupan un lugar aparte. Su situación topográfica, sus características arquitectónicas y la complejidad del sistema funerario indican que su papel rebasa el de una simple sepultura. La importancia de los depósitos (35 individuos en la Estructura Funeraria 1; al menos 10, en la 2) y la disposición final de las osamentas confieren a estas estructuras el aspecto de verdaderos osarios.

Otras formas de sepultura

La mayoría de las sepulturas presentan un dispositivo funerario menos complejo.

- Las sepulturas en fosa sencilla (fig. 12) son las más frecuentes (20 casos). El cuerpo del difunto es colocado en una fosa de perfil simétrico, a menudo cubierta por lajas.
- Otras inhumaciones en fosas más elaboradas las hemos llamado sepulturas en nicho (8 casos). Se caracterizan por una fosa de perfil asimétrico: una de las paredes de la fosa presenta una pequeña cavidad en la que se coloca al difunto. Después la apertura de la fosa se cerraba con algunas lajas oblicuas, cuyo borde inferior reposaba sobre una pequeña banqueta de piedra o de tierra.⁷ Este tipo de dispositivo (figs. 9 y 14) fue encontrado también en el sitio de Loma

⁷En Guadalupe, este singular tipo de dispositivo pudo ser detectado gracias a criterios tafonómicos, al relacionar las observaciones osteológicas *in situ* con los elementos de piedra asociados (figs. 10 y 11). Se pudo comprobar, por ejemplo, que el derrumbe de lajas en la cavidad vacía provocaba diversas perturbaciones sobre las osamentas y las ofrendas (desplazamientos y fragmentaciones).



● Fig. 12 Sepultura en fosa sencilla: Sepultura 32-Sector XII

Alta (Pereira, 1996b), lo que demuestra que su uso comienza al menos a principios de nuestra era (fase Loma Alta 2: 0-350 d.C.).

- Las sepulturas en caja (ocho ejemplos) son características del Clásico medio-tardío. Son pequeñas estructuras excavadas en el suelo y construidas con piedras verticales; las cajas pocas veces rebasan el metro cuadrado. Están tapadas con lajas horizontales; el piso a veces está enlosado (fig. 8; véase también la Sepultura 26, fig. 9).
- Inhumaciones en urnas (3 casos). Se trata, en todos los casos, de niños colocados en el



© Fig. 13 Sepultura en urna: Sepultura 27-Sector XIII

fondo de una olla cuyo cuello fue quebrado a propósito. La urna está cubierta por un cuenco grande volteado o por tepalcates de grandes dimensiones (fig. 13).

A diferencia de las cámaras funerarias, las sepulturas que acabamos de describir no disponen de un sistema de acceso lateral. De modo general, parece que estas sepulturas fueron concebidas para ser usadas en ocasión de un evento único. En la mayoría de los casos el sujeto principal corresponde a un depósito primario, a veces acompañado de algunos restos de otro individuo. Estas formas de depósito parecen deberse a una misma ceremonia. Cuando la inhumación contiene dos depósitos primarios, las conexiones muestran que los dos cuerpos fueron colocados de manera simultánea. Es probable que algunas sepulturas hayan sido abiertas después para recuperar algunas osamentas (Pereira, en prensa), pero no hay pruebas de reutilización de las mismas.

Podemos concluir que las diferentes formas de sepulturas encontradas no reflejan modos de uso distintos. Más bien creemos que las diferencias observadas en el modo de construcción de cajas

y fosas reflejan diferencias sociales o simbólicas.

Tratamiento mortuario y culto a las osamentas

Una de las principales características de las prácticas funerarias de Guadalupe reside en la coexistencia de depósitos primarios y secundarios, a menudo asociados, en un mismo espacio sepulcral.

El depósito primario constituye la forma más extendida. Incluye sujetos de todas las edades y de ambos sexos. La posición del cadáver varía: decúbito dorsal (fig. 11), decúbito lateral derecho o izquierdo (fig. 12), decúbito ventral, sedente (fig. 8); éstas variantes no parecen tener rela-

ción con la edad o el sexo del difunto. Parece que en la fase Lupe son más diversas que en la Jarácuaro, donde el decúbito lateral izquierdo predomina. Sin embargo, los datos de que disponemos son aún insuficientes como para concluir que este carácter refleja una evolución significativa. Por otro lado, la posición del cuerpo y la disposición de los objetos funerarios indican patrones. Vemos que, en todos los casos, el cuerpo del difunto fue colocado en forma flexionada, con los miembros colocados adelante del torso. La orientación del cuerpo sigue, en general el eje de los puntos cardinales, aunque la dirección de la cabeza varía. Es raro que no se encuentren ofrendas, entre ellas varios objetos con pruebas de uso cotidiano. Los recipientes de cerámica son los más frecuentes; a menudo se encuentran cerca de la cabeza, y pocas veces cerca de los pies; los otros objetos están dispuestos de modo indistinto; los ornamentos, en general, aparecen sobre el esqueleto.

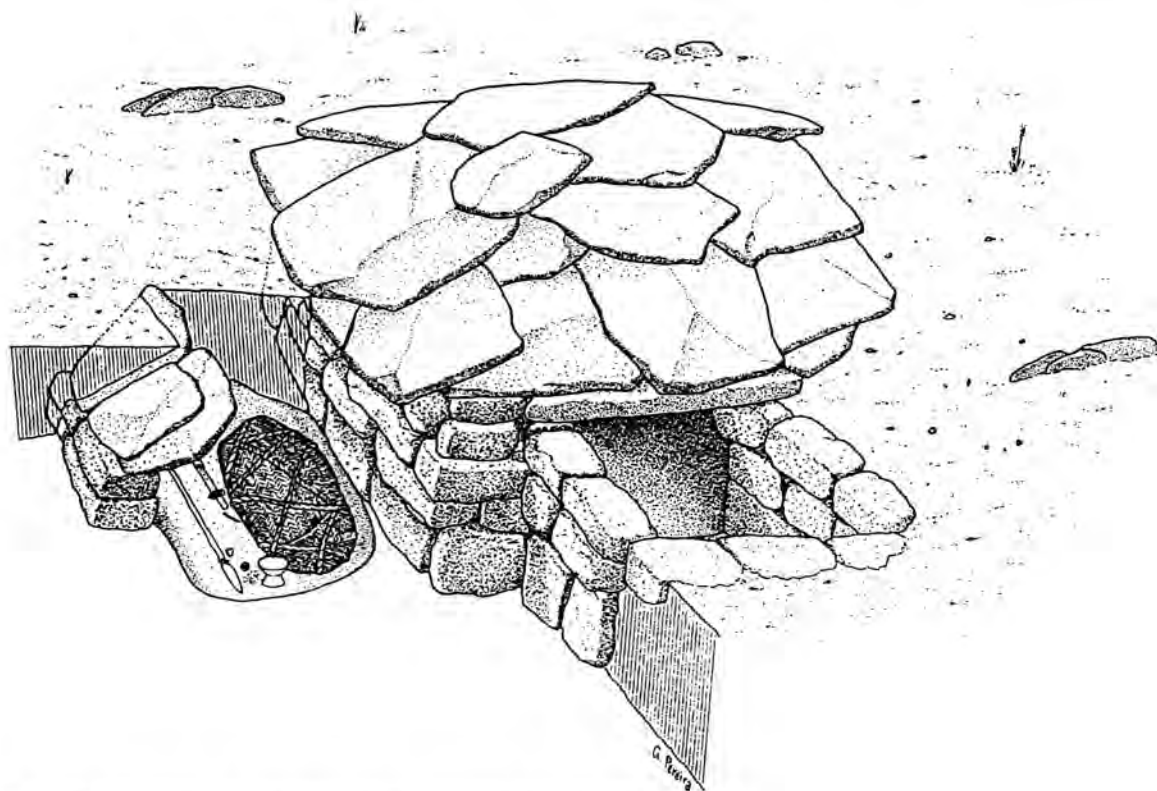
Por otro lado, los datos tafonómicos han permitido conjeturar que el cadáver era objeto de una preparación anterior al depósito sepulcral; indicios de diferentes tipos muestran que el cuerpo se envolvía con telas y petates. En general, esta

envoltura formaría un bulto funerario atado con cordeles.

Si bien la información proporcionada por los depósitos primarios es prueba del trato reservado al cadáver, los depósitos secundarios permiten pensar en un conjunto de prácticas basadas en la manipulación de las osamentas. En Guadalupe los datos que disponemos indican, en efecto, que esas manipulaciones tuvieron lugar después de la descomposición total de los tejidos blandos. Los depósitos secundarios contienen restos de sujetos adultos, de ambos sexos, adolescentes y niños. Del grupo de niños comprobamos que faltan los menores de 5 años. Observamos tanto conjuntos de huesos largos de un mismo esqueleto (depósitos secundarios no selectivos) como piezas óseas aisladas (tibia, fémur o cráneo, en el caso de depósitos secundarios selectivos). Las dos formas de depósitos secundarios aparecen tanto para el grupo de adultos como para los niños.

Aparte, parece que, contrario a lo que sucede con los depósitos primarios, los secundarios carecen de ofrendas, aunque algunos depósitos secundarios aislados escapan a esta regla. Pero, en todas las sepulturas donde las dos modalidades de depósito coexisten, los objetos están siempre asociados al individuo en relación anatómica; esto podría ser cierto también para la Estructura Funeraria 1, ya que los resultados que obtuvimos a partir del estudio espacial de los vestigios permiten suponer que originalmente las ofrendas estaban asociadas a depósitos primarios (Peireira, 1992).

¿Debemos suponer entonces que las diferencias observadas entre los depósitos primarios y secundarios indicarían diferencias sociales? No quedamos conformes con esta explicación por lo siguiente: *a)* Hay probabilidades de que los huesos encontrados en los depósitos secundarios procedan de sepulturas primarias, las cuales sí contaban con ofrendas. *b)* Diversos depósitos de este

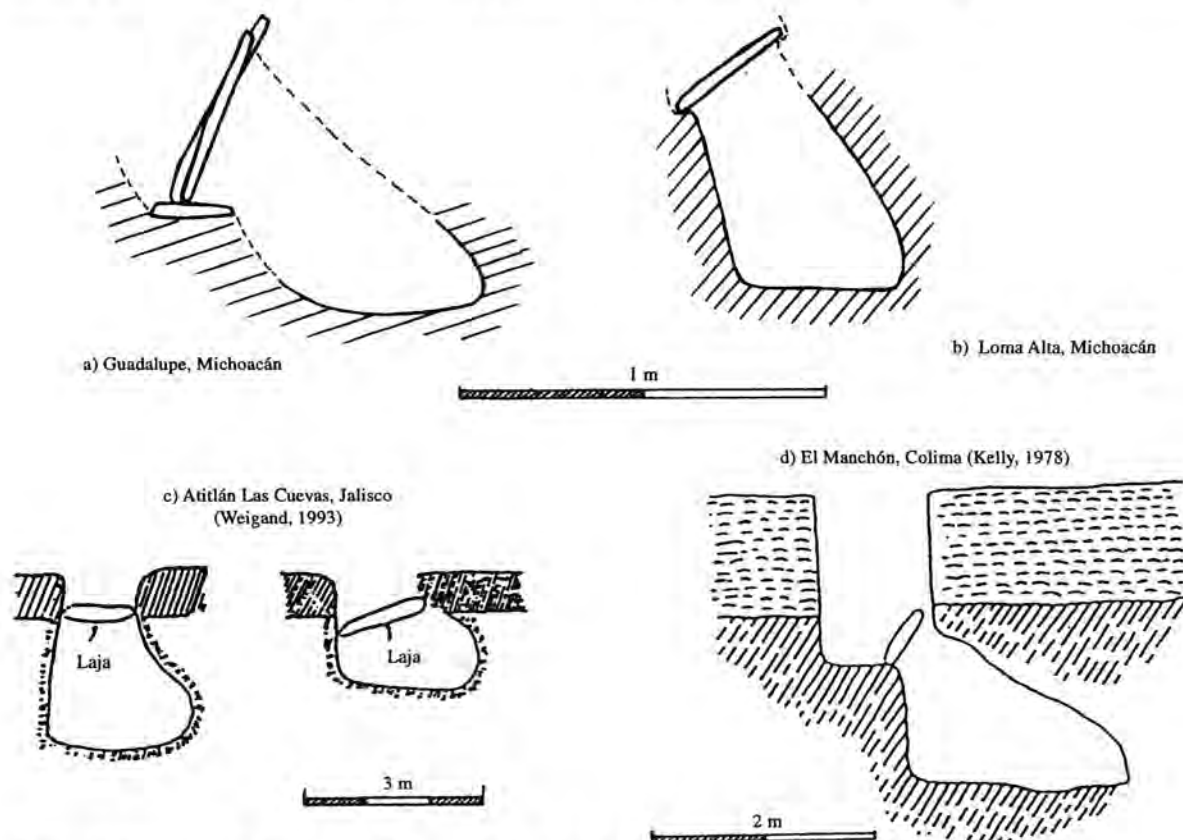


● Fig. 14 Reconstrucción hipotética de un conjunto funerario del Sector VIII

tipo dan muestras de la existencia de retiro intencional de huesos. *c)* En cuanto a la Estructura Funeraria 1, podemos señalar que, si bien algunos sujetos parecen haber sido introducidos en la tumba como cadáveres, es también cierto que sus restos fueron finalmente mezclados sin distinción con los huesos traídos del exterior.

Los elementos que acabamos de referir nos obligan a considerar que las diferencias entre los depósitos primarios y los secundarios constituyen dos facetas complementarias del ritual funerario, dos etapas que parecen reflejar una transformación en el trato acordado a los restos humanos. En efecto, el ritual que acompaña al entierro primario es muy diferente del ritual que acompaña a las manipulaciones secundarias. Tenemos la impresión de que el depósito primario muestra sobre todo un trato individual de la muerte. Al difunto lo acompañan varios objetos que ilustran características de la persona en el mundo de los vivos: objetos cotidianos, orna-

mentos que —como lo indica Binford (1971)— simbolizan el estatus social del muerto. Esos atributos permiten ubicar al fallecido en el seno de la comunidad de muertos. Este carácter contrasta un poco con la imagen que nos ofrecen los depósitos secundarios. Cuando pasamos del cadáver a las osamentas, el difunto parece perder su estatus diferenciado, particular, y ganar un estatus indiferenciado, anónimo. Las diferentes características observadas en las excavaciones son ejemplo de lo que decimos, pues por un lado los restos óseos no están ya directamente relacionados con los objetos mismos, que a veces han sido reorganizados posteriormente, y, por otro, los huesos de varios individuos a menudo fueron entremezclados, dentro de un mismo depósito, sin haber tenido en cuenta la integridad de un mismo esqueleto (pues puede tratarse de un aporte parcial). En la Estructura Funeraria 1, por ejemplo, los huesos de un mismo sujeto están, en general, dispersos en uno u otro montón de huesos.



© Fig. 15 Comparación de los perfiles de sepulturas en nicho con algunas tumbas de tiro

Es interesante comprobar que los comportamientos descritos intervienen al comienzo y al final del proceso de descomposición; de hecho, parece que esta oposición entre depósitos primarios y secundarios muestra una oposición entre cadáver y osamenta. Los datos tafonómicos indican que las intervenciones secundarias tuvieron lugar, como hemos dicho, cuando las partes blandas han desaparecido por completo. Parece también que a veces se procedió a una limpieza del hueso cuando ciertos residuos tardaban en desaparecer; al menos así lo interpretamos para el caso de trazas de raspado observadas en una de las tibias encontradas sobre la tapa de una sepultura del Sector XII.

Así pues, distinguimos dos momentos en el ritual funerario: las prácticas que se le asocian parecen obedecer a una simbología diferente. Los atributos del primer entierro (depósito primario) indican ampliamente la identidad del difunto, mientras que las prácticas que intervienen después de la descomposición (manipulaciones y retiro de los huesos, depósitos secundarios, reestructuración de los objetos, etc.) obedecen a una lógica colectiva (¿comunitaria?) en la que los caracteres individuales del difunto dejan de percibirse. De acuerdo con lo que sugiere Thomas (1984) a propósito de otros contextos culturales, nos podemos preguntar si este comportamiento corresponde a un proceso de integración del difunto al seno de la comunidad de los antepasados. Si así fuera, uno de los objetivos de las prácticas secundarias habría sido el de mantener una cohesión entre los muertos, símbolo de continuidad y de estabilidad para la comunidad de los vivos.

Patrón funerario y organización social

Si bien los ritos secundarios tienden a mostrar una determinada cohesión en el interior de las comunidades, esto no significa que la sociedad del Clásico tardío haya sido igualitaria. Muy al contrario, varios elementos muestran que en ella había una verdadera jerarquía. Estas diferencias son aparentes por la organización global de la necrópolis, el grado de elaboración del dispositivo funerario y la naturaleza de las ofrendas.

Ubicación de las sepulturas

Como hemos dicho, la organización espacial de las sepulturas permite distinguir varios grupos repartidos en diferentes sectores de la loma. De los conjuntos que pudimos excavar, nos parece posible destacar elementos centrales y periféricos.

- A escala del sitio, el conjunto funerario localizado en la cima de la loma parece ocupar un lugar especial. Se distingue de los otros grupos por su posición central y dominante (desde el punto de vista de la topografía), así como por la amplitud de las estructuras que ahí aparecen y por la riqueza de las ofrendas.⁸
- A escala local, la organización de los depósitos permite distinguir una tumba central y, alrededor de ella, sepulturas más sencillas. Es el caso del sector localizado en la cumbre del sitio, en el cual las grandes cámaras funerarias ocupan este lugar principal. En el Sector VIII, la Sepultura 13 desempeña un papel similar; lo mismo la Sepultura 26 en el Sector XIII.

Vemos también que esas tumbas centrales se establecen justo encima de una sepultura más antigua. Tal es el caso de la Estructura Funeraria 1 (cámara funeraria colectiva Lupe temprano), construida por encima de la Sepultura 3 (caja Jarácuaro con restos de dos adultos de sexo masculino); de la Sepultura 13 (cámara funeraria múltiple Lupe tardío) establecida encima de la Sepultura 18 (sepultura múltiple en fosa Lupe temprano); de la Sepultura 26 (caja Jarácuaro con los restos de un hombre y de un adulto de sexo no determinado) encima de la Sepultura 26 (sepultura en nicho de un adulto de sexo masculino, correspondiente también a la fase Jarácuaro).

Por otra parte, comprobamos que los cadáveres de los niños de menos de cinco años de edad eran generalmente inhumados en zonas distintas: fuera de las grandes estructuras funerarias, si nos re-

⁸Recordemos que es en esta zona donde una máscara de piedra de estilo teotihuacanoide fue descubierta por el propietario de la milpa. La presencia de esta pieza excepcional refuerza la importancia atribuida a las sepulturas de esta zona.

ferimos a la cima de la loma, agrupados en la parte sur del conjunto, en cuanto al Sector XIII (véanse las sepulturas 27, 28, 37, 38, 41, fig. 9).

Surgen interrogantes acerca del significado político y social de los conjuntos funerarios. La presencia de reagrupamientos de sepulturas y la estructuración de estos conjuntos alrededor de tumbas principales indica un sistema de organización jerárquica. Las sepulturas evocan dos niveles de jerarquía:

- Una jerarquía interna del grupo, dentro de la cual las tumbas centrales parecen ocupar un lugar principal.
- Una jerarquía entre grupos, dentro de la cual el sector de la cima del sitio se destaca con claridad.

Es interesante ver en este esquema de organización funeraria una imagen de la organización social. ¿Los personajes inhumados en las tumbas centrales corresponden a jefes de linaje? ¿Las diferencias entre los grupos dan muestras de una organización política y, de ser así, los personajes de la cima de la loma pertenecían a una élite? Que algunos individuos gozaron de una cierta posición política y social es cierto; sin embargo, el significado de los conjuntos de sepulturas es más complicado. ¿Esos grupos estarían determinados por lazos de parentesco entre los individuos, por la pertenencia a un mismo grupo de habitaciones o a un mismo grupo social? Sin haber podido aún relacionar los datos funerarios y los de áreas habitacionales, es difícil excluir cualquiera de estas posibilidades. La antropología biológica ofrece algunas pistas de interpretación. Indica, primero, que no hay al parecer especialización global del sitio, según criterios de edad o sexo. La hipótesis del carácter familiar (en sentido amplio) de los grupos está sugerida por los datos procedentes del Sector VIII, donde los sujetos inhumados parecen compartir variaciones morfológicas que evocan un determinado parentesco biológico. Los resultados aportados por el sector central no son determinantes en este sentido. Por otro lado es posible

que el uso de las grandes cámaras funerarias tenga relación con otros criterios como actividad socioprofesional, pertenencia a una misma entidad política, social, etcétera.

Elaboración de las sepulturas

Según Tainter (1977), el grado de elaboración de la sepultura puede reflejar ciertas formas de diferenciación. En Guadalupe observamos grandes diferencias en la arquitectura de las sepulturas y en los materiales de construcción usados; sobre este aspecto, el uso más o menos importante de la piedra ejemplifica diferencias notables en cuanto a lo utilizado en la construcción de una u otra sepultura. Recordemos que las piedras encontradas en el sitio debieron ser transportadas desde los yacimientos situados en los macizos volcánicos que rodean la cuenca. Así pues, el conjunto funerario de la cima de la loma destaca otra vez de los otros sectores, dada la gran cantidad de piedra empleada en la construcción de las grandes cámaras funerarias; si consideramos este factor, las Sepulturas 3, 11 (cajas) y 9 (pequeña cámara funeraria) destacan también.

En los otros sectores las tumbas centrales son las que tienen mayor cantidad de piedras. Es el caso de la Sepultura 13 (cámara funeraria), en el Sector VIII. En el Sector XIII, la Sepultura 26 corresponde a una caja con dimensiones más modestas que las tumbas descritas anteriormente. Sin embargo, en comparación con otras sepulturas del sector, esta estructura es la más elaborada.

Las sepulturas en fosa implican una inversión más limitada al momento de acondicionar el lugar de inhumación. Sin embargo, existen también diferencias dentro de este conjunto. En algunas fosas con perfil asimétrico se usaron, por ejemplo, bloques y lajas para cerrar la cavidad.

Con excepción de inhumaciones en urna, que parecen reservadas para los cadáveres de niños de corta edad, los otros tipos de sepultura no parecen exclusivos de una clase de edad particular. Encontramos los restos de adultos y niños tanto en las cámaras funerarias, en las cajas,

como en los diferentes tipos de fosas. Si acaso hay diferencias, éstas se deben más a las dimensiones de la tumba que a las características. La Sepultura 9, que contiene los restos de 3 niños, corresponde a un modelo reducido de las grandes cámaras funerarias. También observamos estas diferencias de tamaño a propósito de las cajas y de los diferentes tipos de fosas.

Distribución de las ofrendas

En arqueología funeraria las ofrendas son, en general, consideradas como índices muy precisos del estatus del individuo. Este aspecto fue demostrado por múltiples trabajos (Binford, 1971). Sin embargo, el valor acordado a cada objeto puede variar considerablemente de una sociedad a otra. Entre la gama de posibilidades que se nos presenta, es preciso considerar tanto las características biológicas del difunto (edad al momento del deceso, sexo) como las propiedades intrínsecas del objeto (su función, material con que está hecho, etcétera).

Para el caso de Guadalupe, hemos dicho que el estatus del individuo se manifiesta en la primera inhumación. La distribución de los objetos muestra que las diferencias de sexo son más acentuadas que las de edad.

En las sepulturas con restos de sexo femenino encontramos artefactos utilizados para el hilado, el tejido o la cestería: malacates de barro decorados con motivos geométricos finamente incisos (fig. 12, núm. 2); punzones y agujas de hueso; piedras utilizadas para aplanar y ablandar las fibras de tule y carrizo para el trenzado de petates y cestas. Hoy, estas piedras aún son utilizadas por los artesanos purépechas de las orillas del lago de Pátzcuaro. En algunas sepulturas masculinas encontramos grandes cuchillos de basalto que con seguridad se usaron en la colecta de plantas lacustres (fig. 11, núm. 3); sin embargo, la preeminencia de algunos hombres está expresada sobre todo por los atributos guerreros. Dichos atributos presentan variedad y gran elaboración: mazos labrados en piedra verde o en basalto; átlatl provistos de agarraderas de

hueso o concha; puntas de proyectil de obsidiana, calcedonia, sílex, basalto, etc.; en fin, espléndidos cuchillos pedunculados de obsidiana trabajada por presión. La panoplia de esos guerreros aparece realzada por múltiples adornos de piedra y concha colocados sobre el cuerpo del difunto: collares de cuentas, pendientes diversos, brazaletes, discos de piedra adornados con finos mosaicos de pirita, etc. Observemos, para finalizar, que el pigmento rojo (cinabrio y hematita) aparece sólo en las sepulturas masculinas.

Parece entonces que en el Clásico tardío y final el guerrero haya tenido una importancia cada vez mayor en la sociedad. Exhibe su estatus con las armas y adornos que hablan de su capacidad política o económica para procurarse objetos preciosos. También es notable la presencia de algunas sepulturas infantiles donde aparecen esos objetos de prestigio, lo que sugiere que pudo existir una transmisión hereditaria de ese estatus. Esta tendencia parece cristalizarse en todo el comienzo del Postclásico, con un personaje inhumado en la cima de la loma (fig. 8); se trata de un adulto joven de sexo masculino. Los índices arqueológicos y osteológicos permitieron demostrar que este sujeto murió a causa de una lesión provocada por una flecha. El tratamiento que se le dio y los objetos que le acompañan son de gran interés. Yace sentado en una caja con piso de lajas y estaba envuelto como bulto funerario. Presenta mutilación dental⁹ (tipo B4 y A4 de Romero, 1958) y lleva un rico conjunto de ornamentos, entre los que se encuentran numerosas cuentas de caolín; plaquetas rectangulares y anillos de nácar; fragmentos de un pectoral de nácar con forma de mariposa estilizada; una cuenta grande de pirita y un *tescacuitlapilli* (espejo dorsal) de arenisca con un mosaico de pirita (fig. 8, núm. 79). Diferentes objetos fueron depositados a sus lados: tres vasijas, delante de él (núm. 5, 6, 40); cuatro puntas de proyectil de colores diferentes (sílex, calcedonia y basalto) situadas a la

⁹Es importante mencionar que la mutilación dental no es frecuente entre los pueblos pretarascos de Michoacán. Los minerales fueron identificados por Ricardo Sánchez, Laboratorio de Geología, SLAANAH.

izquierda (núm. 88); en fin, a su derecha, lo que fue quizá una bolsa ricamente adornada con conchas marinas (núms. 9, 11 y 12) y que contenía cinabrio (trama cruzada), una navaja prismática de obsidiana (núm. 13) y una pequeña piedra negra pulida (núm. 10).

Los atavíos con los cuales este personaje fue enterrado son muy interesantes, ya que recuerdan la indumentaria de los guerreros toltecas tal como está representada en la iconografía de Tula. Al igual que los famosos atlantes del Templo B, lleva un *texcacuitlapilli*, un pectoral con forma de mariposa, cuatro dardos y una bolsita ritual. Sin embargo, en cuanto a la cronología, es probable que nos encontremos, en Guadalupe, en un contexto anterior al florecimiento de la cultura tolteca del Altiplano Central: como hemos señalado, la Sepultura 11 puede ser fechada alrededor de 900 mientras que, según Cobean (1990), la fase Tollan, que marca el apogeo de Tula, correspondería más bien a los siglos XI y XII. Tal vez más significativo aún es que los atavíos de este personaje tengan antecedentes en los entierros de la fase Lupe.

La imagen del guerrero, tal como aparece en las sepulturas de Guadalupe, constituye un elemento más que comprueba la anterioridad de rasgos culturales supuestamente toltecas en el Centro-Occidente (Braniff, 1972; Faugère-Kalfon, 1991) y Noroeste (Hers, 1989) de Mesoamérica.

En fin, cabe mencionar que uno de los atributos con los cuales estos personajes están relacionados representan también un símbolo importante de los guerreros de la época tarasca: en la *Relación de Michoacán* existen numerosas alusiones a las cuatro flechas de color que simbolizan la guerra cósmica. Al igual que en la Sepultura 11, esas flechas son de color rojo, negro, blanco y amarillo.

Guadalupe y las sociedades del Clásico tardío en el Centro-Occidente de Mesoamérica

Como lo han mencionado varios autores (Faugère-Kalfon, 1992; Pollard, 1996), el Clásico

tardío-Epiclásico coincide con un periodo de transformación de las sociedades prehispanicas del norte y centro de Michoacán. En la región de Zacapu, las investigaciones realizadas por el CEMCA han permitido evidenciar una serie de cambios tanto en el patrón de asentamiento como en las estructuras económicas. En particular, la fase Lupe se caracteriza por un importante aumento demográfico: mientras que —durante las fases Loma Alta y Jarácuaro— el asentamiento se concentra en la cuenca lacustre de Zacapu, durante la fase Lupe los sectores de la sierra y de la vertiente Lerma son progresivamente colonizados (Michèlet *et al.*, 1989). Al final del Clásico, la ocupación humana es densa y se evidencia una jerarquización en el patrón de asentamiento (Faugère-Kalfon, 1992, 1996; Migeon, 1990). La mayoría de los sitios son aldeas ubicadas cerca de las zonas de cultivo, pero también existen varios poblados más importantes que presentan una pequeña área ceremonial. Además, existen algunos sitios mayores con áreas ceremoniales importantes, formadas por plazas, patios, pirámides, canchas de juego de pelota, etc. En la cuenca de Zacapu, el sitio de Loma Alta, para el Clásico medio, y el de Yácata La Virgen, para el Epiclásico, parecen desempeñar un papel importante.

Varios datos indican que existe un intensificación en la explotación de los recursos. En la zona de la vertiente Lerma (Faugère-Kalfon, 1992), así como en la sierra (Migeon, 1990) se han detectado amplias zonas de terrazas agrícolas. Esa intensificación de la producción agrícola es consecuencia de una aceleración drástica de la erosión en las zonas de vertientes: en los alrededores de los actuales pueblos de Naranja, Carátacua y Comanja (sur de la cuenca), Tricart (1992, pp. 182-197) identificó capas coluviales que atestiguan un importante suceso erosivo, el cual empezó a finales del Clásico como consecuencia de la intensa antropización de esta zona.

Es importante mencionar que es también a finales del Clásico cuando las minas-talleres de Zináparo-Prieto entran en una etapa de explotación intensiva (Darras, 1991, 1996).

De acuerdo con estos datos, las sociedades de finales del Clásico atraviesan un proceso de complejización política y económica. Los datos proporcionados por los contextos funerarios de Guadalupe nos permiten acercarnos a las características socioculturales de esos pueblos.

Afinidades culturales

En cuanto a la cultura material, se notan importantes semejanzas entre la cuenca de Zacapu y varios sitios contemporáneos ubicados en las tierras altas de Michoacán y en el suroeste del Bajío guanajuatense. Por un lado, la cerámica de Guadalupe se asemeja a las piezas encontradas por Piña Chan y Oi (1982) en la Tumba 1 de Tingambato, así como a las que proceden de las excavaciones de Pollard (1995, 1996), en Urichu. Es necesario mencionar que el material procedente de esos sitios se asemeja más a la cerámica correspondiente a la ocupación Lupe tardío-La Joya y Palacio inicial de nuestro sitio que a las fases anteriores. Destaca, en particular, la presencia de vasijas de forma y decoración parecida a los tipos Ciénega Rojo Negativo (Piña Chan y Oi, 1982, fig. 6; Pollard, 1995, fig. 8a). En Tingambato también hay ollas de silueta compuesta y bordes tipo Chirimoyo (Piña Chan y Oi, 1982, fig. 12), características del Epiclásico en la cuenca de Zacapu. Por otro lado, existen vínculos evidentes entre la cerámica de Guadalupe y la estudiada por Sánchez Correa (1995) para la zona de La Gloria, Guanajuato. De nuevo encontramos ahí las copas de pedestal de engobe rojo y decoración geométrica al negativo, así como los cuencos monocromos rojos con base anular y café con decoración incisa.

Así, según D. Michèlet (1990), el centro-norte de Michoacán manifiesta, desde finales del Clásico, tendencias culturales comunes. De acuerdo con los datos disponibles, podemos extender este parentesco cultural a los grupos que poblaban el sur de Guanajuato. Esta relación es notable desde el punto de vista de la cerámica para el Clásico tardío, así como para los periodos más antiguos (Carot, 1993), pero también es perceptible por medio de la arquitectura monu-

mental (Carot *et al.*, en prensa; Faugère-Kalfon, 1996; Taladoire, 1989).

En cuanto a los sistemas funerarios, la falta de datos comparativos para el Clásico tardío en el Bajío nos impide ampliar nuestras comparaciones en este dominio. No obstante, para el estado de Michoacán, las excavaciones realizadas en diferentes proyectos nos permiten relacionar Guadalupe con una tradición que abarca gran parte de las tierras altas de la región. En efecto, cámaras funerarias con características muy similares a las que hemos descrito en Guadalupe han sido descubiertas en varios sitios clásicos de la zona. Tal es el caso de Tingambato en el sur de las tierras altas (Piña Chan y Oi, 1982), de Urichu en la cuenca de Pátzcuaro (Pollard, 1995, 1996), pero también de Tres Cerritos en la Cuenca de Cuitzeo (Macías G. y Vackimes S., 1989). A pesar de las variaciones locales, esas tumbas tienen características comunes: se trata de construcciones de piedra compuestas por una cámara de planta cuadrada o rectangular con un acceso lateral; muestran evidencias de depósito sucesivo y contienen los restos de numerosos individuos; la calidad y cantidad de ofrendas que contienen indican también que ese tipo de entierro estaba relacionado con la élite.

Las excavaciones realizadas en Guadalupe muestran también que, al lado de esas cámaras funerarias, existen otras sepulturas más sencillas. Por ser menos espectaculares, es frecuente que los arqueólogos no presten tanta atención a ese tipo de entierros. Sin embargo, como hemos mencionado, corresponden a patrones bien definidos. En cuanto a las sepulturas en caja, se reporta también un ejemplo en Urichu (Cahue y Pollard, 1996). Por otro lado, es interesante comentar que los entierros flexionados en sepulturas de caja son muy característicos del complejo El Grillo del valle de Atemajac, Jalisco (Galván, 1976). En esta zona, dicho complejo aparece a finales del Clásico, de manera que la tradición de sepulturas en caja reportada en Guadalupe podría ser, como lo sugiere Beekman (1996), un posible antecedente de los entierros de El Grillo.

También llama la atención la semejanza entre las sepulturas en nicho encontradas en la cuenca de Zacapu con algunas tumbas de tiro sencillas de Jalisco y Colima. Tanto el perfil de esas fosas como su sistema de cerrado (sistema de lajas oblicuas apoyadas sobre una banqueta) recuerdan las tumbas reportadas por Kelly (1978) en El Manchón, Colima, o por Weigand (1993) en Atitlán Las Cuevas, Jalisco (fig. 15). Por el momento, carecemos de información para explicar estas similitudes. Cabe mencionar que en la zona de Zacapu las sepulturas en nicho están presentes desde el inicio de nuestra era (Loma Alta) hasta finales del Clásico (Guadalupe).

Características de la élite

Respecto a la organización social, los conjuntos funerarios de Guadalupe nos brindan la imagen de una sociedad compleja y jerarquizada. La estructuración de los grupos de sepulturas y las ofrendas asociadas con los difuntos sugieren dos características importantes:

1. La existencia de un grupo dominante que sepultaba a sus muertos en tumbas en el sector más elevado de la Loma.
2. El papel dominante de los guerreros, que parece aumentar con el tiempo.

Como hemos mencionado, estos personajes son los que concentran la mayoría de bienes exóticos y de objetos de prestigio. Dichos objetos son armas y adornos elaborados, con materiales procedentes de regiones más o menos lejanas. Pensamos que ese papel preponderante del guerrero no sólo caracteriza a los grupos de la cuenca de Zacapu; encontramos los mismos símbolos de poder en otros sitios del Clásico tardío michoacano. En la Tumba 1 de Tingambato, localizamos también puntas de proyectil, agarraderas de átlatl, macanas de piedra, espejos dorsales de pirita y numerosos ornamentos de concha y piedra verde-azul (Piña Chan y Oi, 1982) que simbolizan el prestigio del guerrero. El caso de las sepulturas de Urichu (Pollard, 1996) es igualmente ilustrativo. En la tumba más importan-

te la mayoría de los difuntos son adultos masculinos asociados con objetos semejantes a los hallados en Guadalupe: agarraderas de átlatl, puntas de proyectil por grupos de cuatro, ornamentos de concha y turquesa y pigmentos rojo. Es interesante destacar que, como en Guadalupe, hay aquí también un entierro de niño asociado con armas (agarraderas de átlatl y cuatro puntas de proyectil) y ornamentos elaborados con concha y turquesa.

Los productos de intercambio

En Guadalupe hemos notado una determinada evolución en cuanto a los productos exóticos usados por la élite. Mientras que esos bienes son relativamente escasos en las sepulturas Jarácuaro, la cantidad y la diversidad de dichos materiales va en aumento durante la fase Lupe; tal es el caso de los objetos de concha marina (muy escasos durante las fases anteriores). La mayoría de estos objetos fueron elaborados sobre conchas procedentes de la costa del Pacífico. Cabe mencionar, sin embargo, que una de las dos trompetas de caracol encontradas en la Estructura Funeraria 1 (Arnauld *et al.*, 1993) procede del Caribe (Olguín y Polaco, 1993). En cuanto a los minerales, tenemos numerosas cuentas de caolinita, así como ornamentos de pirita, amazonita y turquesa; pigmentos rojos identificados como hematita y cinabrio;¹⁰ puntas de proyectil de sílex y calcedonia. La caolinita, la hematita, la pirita, la calcedonia quizá proceden de regiones vecinas (Guanajuato y Michoacán). En cuanto al cinabrio, se conocen importantes yacimientos en la Sierra Gorda (Querétaro) explotados en el Clásico. Las fuentes de amazonita y turquesa son mucho más lejanas. Recientemente se han localizado yacimientos de amazonita en el sur de Chihuahua (R. Sánchez, comunicación personal), mientras que la turquesa procede tal vez del suroeste de los Estados Unidos. Es interesante destacar que, en Guadalupe, la amazonita sólo aparece en las sepulturas de Jarácuaro y Lupe temprano, mientras que la turquesa apa-

¹⁰Los minerales fueron identificados por Ricardo Sánchez, Laboratorio de Geología, SLAA-INAH.

rece en los depósitos Lupe tardío y Palacio inicial. En cuanto a la obsidiana, al lado de productos procedentes de las minas de Zináparo, hay algunas navajas prismáticas de obsidiana verde procedentes de Pachuca. Estas piezas sólo se encuentran en los depósitos Jarácuaro y desaparecen en la fase Lupe. Durante dicha fase, las navajas son de obsidiana gris y al parecer proceden de Zinapécuaro (Darras, 1996, comunicación personal).

Como lo indican esos datos, durante el Clásico tardío existen numerosas pruebas de intensos intercambios entre la cuenca de Zacapu y otros grupos contemporáneos: los contactos son importantes con la costa del Pacífico (¿con Tingambato como punto intermedio?) y con el norte (Guanajuato, Querétaro, Chihuahua, suroeste de los Estados Unidos). En fin, el gran ausente parece ser el Altiplano Central. Si en efecto existen elementos culturales relacionados con el Centro de México, son escasos los objetos procedentes de esta región: no tenemos cerámica importada y la obsidiana verde de Pachuca es muy escasa. En cuanto a la máscara teotihuacanoide encontrada en Guadalupe, es probable que proceda de Guerrero, ya que es más parecida a las copias guerrerenses de este tipo que a las teotihuacanas originales (B. Olmedo, comunicación personal; Olmedo y González, 1986).

Conclusión

Como lo muestran los datos proporcionados por los conjuntos funerarios de Guadalupe, los grupos pretarascos del norte de Michoacán conocieron un proceso de complejización de jerarquización social durante el Clásico tardío. Este proceso, que parece iniciar durante la fase Lupe, evolucionó hasta la formación de los señoríos que controlaban las cuencas lacustres michoacanas en el momento en que llegaron los Uacúsechas. Este proceso fue progresivo y procede de una evolución local de los grupos humanos que poblaban esas cuencas desde el Preclásico. Es lo que parecen indicar los datos obtenidos de las excavaciones de Urichu (Pollard, 1996). Tanto en este sitio como en Guadalupe, nota-

mos la emergencia de una élite guerrera que parece controlar la circulación de productos exóticos. Es importante mencionar que este desarrollo parece estar poco relacionado con las dinámicas culturales del Altiplano Central, más bien con los grupos del norte de Mesoamérica y en particular con los del Bajío. Hay que esperar que las investigaciones arqueológicas futuras en estas regiones permitan entender mejor los nexos que existen entre esas zonas del Centro-Occidente de Mesoamérica. La historia de esas áreas permitirá comprender mejor la formación de las estructuras estatales que marcaron el periodo Postclásico, tanto en Michoacán (el estado tarasco) como en el Altiplano Central (estado tolteca).

Esperamos haber demostrado que un estudio detallado de los patrones funerarios permite obtener información fundamental en cuanto a la ideología y el tipo de sociedad de los pueblos del pasado. Esperamos que los arqueólogos presten más atención a este tipo de vestigio que, por desgracia, es considerado a menudo como un obstáculo al desarrollo de los trabajos arqueológicos o como una fuente cómoda para llenar las vitrinas de los museos.

Agradecimientos

Agradezco a Concepción Asuar su ayuda para la traducción al español de este texto, escrito originalmente en francés. Quisiera también agradecer a Françoise Bagot por sus dibujos del material cerámico (figs. 3, 4, 5 y 6). Los demás dibujos son del autor.

bibliografía

- Arnauld, M.C., P. Carot y M.F. Fauvet-Berthelot
1993. "Arqueología de las lomas en la
cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán,
México", en *Cuadernos de Estudios
Michoacanos*, núm. 5, México, CEMCA.
- Beekman, C. S.
1996. "El complejo El Grillo del centro de
Jalisco: una revisión de su cronología y
significado", en E. Williams y P. Weighan
(coords.), *Las Cuencas del Occidente de
México (Época Prehispánica)*, Zamora, El
Colegio de Michoacán, pp. 247-291.
- Binford, L.
1971. "Mortuary practices: their study
and their potential", en J. A. Brown
(ed.), *Approches to the Social Dimensions of
Mortuary Practices*, Memoirs of the
Society for American Archaeology 25.
- Braniff, B.
1972. "Secuencia arqueológica en
Guanajuato y la Cuenca de Mexico:
intento de correlación", en *Mesa Redonda
de la Sociedad Mexicana de Antropología*,
t. II, México, pp. 273-323.
- Cahue, L. y H. Pollard
1996. "Cambios de costumbres fune-
rarias: las transformaciones de la élite de
Urichu", en *IV Coloquio Internacional de
Occidentalistas*, Guadalajara.
- Carot, P.
1993. *Le Site de Loma Alta, Lac de Zacapu,
Michoacán, Mexique*, tesis doctoral, Uni-
versité de Paris I, París.
- Carot, P. et al.
1996. "La arquitectura de Loma Alta,
Zacapu, Michoacán", en *IV Coloquio de
Occidentalistas*, Guadalajara.
- Cobean, R.
1990. *La Cerámica de Tula, Hidalgo*,
Colección Científica, México, INAH.
- Darras, V.
1991. *Techniques Préhispaniques de l'Obsi-
dienne: les Centres d'exploitation de
Zináparo-Prieto, Michoacán, Mexique*,
tesis doctoral, Université de Paris I,
Panthéon-Sorbonne.
- Darras, V.
1996. "Economía de la obsidiana en Mi-
choacán: modalidades de abastecimiento
e implicaciones político-culturales", en
Arqueología 15, México, INAH, pp. 41-54.
- Faugère-Kalfon, B.
1991. "San Antonio Carupo (Centro-
norte de Michoacán, México): nuevas
evidencias de ciertas transformaciones
en el inicio del Postclásico", en *Journal
de la Société des Américanistes* 77, París,
pp. 45-61.
1992. "Algunos aspectos del Clásico en el
centro-norte de Michoacán", en *Arqueo-
logía* 7, México, INAH, pp. 39-50.
1996. *Entre Zacapu y Río Lerma: Culturas
en una Zona Fronteriza*, México, CEMCA
(Cuaderno de Estudios Michoacanos 7).
- Galván, L. J.
1976. *Rescate Arqueológico en el Fracciona-
miento Tabachines, Zapopan, Jalisco*, México,
INAH (Cuaderno de los Centros 28).
- Hers, M. A.
1989. *Los Toltecas en Tierra Chichimeca*,
México, Instituto de Investigaciones
Estéticas, UNAM.
- Kelly, I.
1978. "Seven Colima tombs: an
interpretation of ceramic contents", en
*Contribution of the University of California
Archaeological Research Facility*, núm 36,
Berkeley y Los Ángeles, University of
California Press, pp. 1-26.
- Macías Goytia, A. y K. Vackimes Serret
1989. "Las turquesas de un lago", en R.
García Moll y A. García Cook (coords.),
Homenaje a Román Piña Chan, México,
INAH, pp. 41-71.
- Michèlet, D.
1990. "El centro-norte de Michoacán en
el Clásico: algunas reflexiones", en A.

- Cardos de Méndez (coord.), *La Época Clásica: Nuevos Hallazgos, Nuevas Ideas*, México, Museo Nacional de Antropología, INAH, pp. 279-291.
1993. "La cerámica de las Lomas en la secuencia cerámica regional", en *Arqueología de las Lomas en la Cuenca Lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, núm. 5), pp. 149-155.
- Michèlet, D., M.C. Arnauld, y M. F. Fauvet-Berthelot
1989. "El proyecto del CEMCA en Michoacán. Etapa I: un balance", en *Trace* 16, México, CEMCA, pp. 70-87.
- Migeon, G.
1990. *Archéologie en Pays Tarasque. Structure de l'Habitat et Ethno-préhistoire des Habitats Tarasques de la Région de Zacapu (Michoacán, Mexique) au Postclassique Récent*, tesis doctoral, UFR d'Art et d'Archéologie, Université de Paris I.
- Olguín, E. y O. Polaco
1993. "Concha labrada del complejo Lupe", en *Arqueología de las Lomas en la Cuenca Lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, núm. 5), pp. 163-167.
- Olmedo, B. y C. González
1986. *Presencia del Estilo Mezcala en el Tempo Mayor: una Clasificación de Piezas Antropomorfas*, tesis de licenciatura, México, ENAH/INAH.
- Pereira, G.
1992. *Problèmes Relatifs au Fonctionnement d'une Sépulture Collective: le Cas de la Structure Funéraire 1 de Guadalupe (Michoacán, Mexique)*, tesis doctoral, Laboratorio de Antropología, Université de Bordeaux I.
- 1996a. *Potrero de Guadalupe: Anthropologie Funéraire d'une Communauté pré-Tarasque du Nord du Michoacán, Mexique*, tesis de doctorado, Panthéon-Sorbonne, Université de Paris I.
- 1996b. "Nuevos hallazgos funerarios en Loma Alta, Zacapu, Michoacán", en E. Williams y P. Weigan (coords.), *Las Cuencas del Occidente de México (Época Prehispánica)*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 105-129.
- En prensa. "Manipulaciones de restos óseos en la loma de Guadalupe, un sitio funerario del periodo Clásico de la cuenca de Zacapu, Michoacán", en E. Malvido, G. Pereira y V. Tiesler (coords.), *Simposio Internacional: el Cuerpo Humano y su Tratamiento Mortuorio*, México, CEMCA/INAH.
- Piña Chan, R. y K. Di
1982. *Exploraciones Arqueológicas en Tingambato, Michoacán, México*, INAH.
- Pollard, E.
1996. "La transformación de élites regionales en Michoacán central", en E. Williams y P. Weigand (coords.), *Las Cuencas del Occidente de México (Época Prehispánica)*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 131-156.
- Pollard, H.
1995. "Estudio del surgimiento del estado tarasco: investigaciones recientes", en E. Williams y P. Weigand (coords.), *Arqueología del Occidente y Norte de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 29-63.
- Romero, J.
1958. *Mutilaciones Dentarias Prehispánicas de México y América en General*, México, INAH (Serie Investigaciones, núm. 2).
- Sánchez Correa, S.
1995. *La Gavia, Guanajuato: Aproximación al Desarrollo Cultural de una Porción del Bajío Noroccidental*, tesis de licenciatura, México, ENAH.
- Tainter, J. S.
1977. "Modeling change in prehistoric social systems", en L.R. Binford (ed.), *Theory Building in Archaeology*, Nueva York, Academic Press, pp. 327-351.

- Taladoire, E.
1989. "Las canchas de juego de pelota de Michoacán (CEMCA: Proyecto Michoacán)", en *Trace* 16, México, CEMCA, pp. 88-99.

- Thomas, L. V.
1984. "Les rituels funéraires", en *Bulletin de la Société de Thanatologie*, núm. 60-61, París, pp. 33-42.

- Tricart, J.
1992. "La cuenca lacustre de Zacapu: un acercamiento geomorfológico", en D. Michèlet (coord.), *El Proyecto Michoacán 1983-1987. Medio Ambiente e Introducción a los Trabajos Arqueológicos*, México, CEMCA, pp. 112-197.

- Weigand, P.C.
1993. "La transición del Formativo-Clásico y del Clásico-Postclásico en la zona jalisciense de Teuchitlán/Etzatlán", en P. Weigand, *Evolución de una Civilización Prehispánica*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 21-37.

